

Segundo Domingo de Cuaresma C2022

Las lecturas de este segundo domingo de Cuaresma hablan de la conversación con Dios y la transformación que trae a quien habla con él. Nos invitan a una continua oración y conversación con Dios, desde la cual derrama sobre nosotros sus bendiciones.

La primera lectura recuerda la conversación entre Dios y Abram. Muestra la promesa que Dios hizo de darle descendencia numerosa y una tierra rica. También muestra cómo Dios le dio crédito a Abram como un hombre justo debido a su fe. Al final, describe la forma en que Dios hizo el pacto con Abram a través del sacrificio de animales que le fueron ofrecidos en holocausto.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es capaz de entrar en relación con los seres humanos al hacer una alianza con ellos. También hay la idea de que Dios precede a los seres humanos en cualquier relación que tenga con ellos, porque de él viene la iniciativa de la alianza. La última idea está relacionada con la certeza de que los bienes que disfrutamos en este mundo son bendiciones que Dios nos otorga.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús es transfigurado en el monte. En primer lugar, el Evangelio dice que Jesús tomó a tres de sus discípulos, es decir, Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte para hacer oración.

También muestra que mientras estaba orando, fue transfigurado y Moisés y Elías conversaban con él. Luego, relata cómo Pedro y sus compañeros quienes, abrumados por la escena, quisieron construir tres tiendas: una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías.

Después de esto, el Evangelio dice que mientras Jesús todavía estaba hablando, una nube los cubrió y una voz del cielo lo reconoció como el hijo escogido, y les dijo a los discípulos que lo escucharan. El Evangelio acaba mostrando a Jesús solo con los tres discípulos a quienes impuso silencio sobre su transfiguración.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la conversación que transforma. ¿Qué quiero decir con esto? Me explico a modo de observación. Hace muy poco le pedí a un par de personas que me dijeran qué sienten cuando llaman a sus padres. Sin duda, había muchas razones por las que las personas conversan con sus padres por teléfono. Pero, sobre los sentimientos, resultó que tal conversación era tranquilizadora, consoladora, confortante y edificante, especialmente si uno tenía problemas o quería algo de consuelo con respecto a las cosas con las que estaba lidiando.

En otras palabras, tal conversación fue transformadora porque uno salió de ella cambiado, fortalecido, apaciguado y reconfortado. Tal conversación es como una oración. La oración es, en efecto, una conversación con Dios, una comunicación abierta con Dios donde compartimos con él nuestros sentimientos más profundos, pero al final de la cual somos transformados por su presencia consoladora.

Con todo esto en mente, entendemos que cuando el Evangelio dice que Jesús subió al monte para orar, algo le sucedería. Y, en efecto, sucedió: fue transfigurado; su rostro cambió, sus vestiduras se hicieron blancas relampagueantes y conversaba con Moisés y Elías sobre la muerte que le espera en Jerusalén. ¿Qué fue eso? Se trataba de su pasión y muerte en Jerusalén.

La pasión y muerte de Jesús, en efecto, fue un acontecimiento que conmocionaría profundamente a los discípulos. No les gustaría escuchar tal cosa; no les gustaría que sucediera

en absoluto. Y, sin embargo, no había otra salida. Era el cumplimiento de la voluntad del Padre. La presencia de Moisés y Elías hablando con Jesús fue una presencia reconfortante al respecto.

En esta perspectiva, al llevar consigo a los tres discípulos al monte, Jesús quería que sean testigos de su transfiguración para que se den cuenta de que está destinado a la gloria. Por lo tanto, aunque tenga que pasar por la pasión y la muerte, ese no era todo el sentido de su vida. De la misma manera, cuando los discípulos pasarán por la persecución y el rechazo, deben saber que compartirán la gloria de Jesús que ya fue anticipada en su transfiguración. Estos tres discípulos nos representan a nosotros y a toda la Iglesia. Lo que han presenciado es en lo que nos convertiremos.

Además, la conversación con Moisés y Elías, figuras importantes de la historia de Israel, pretende mostrarnos que la Ley y los Profetas están unidos en Jesús. Por eso, tenemos que confiar en él y aceptar todo lo que nos diga. Él está en la línea verdadera con la Ley y los profetas; él es el cumplimiento de todo lo que representan. Cuando confiamos en él, estamos en el lado correcto de la historia y, por lo tanto, tendremos nuestra salvación eterna. Si es así, ¿qué más debemos hacer aparte de escucharlo?

Como dijo la voz desde la nube: “Este es mi Hijo escogido; escúchenlo”, Jesús es el hijo amado del Padre. La transfiguración es la revelación de la verdadera identidad de Jesús como Hijo de Dios, aunque no sea aceptado y reconocido por todos. Pero nosotros, que lo hemos aceptado, nunca nos sentiremos defraudados si lo escuchamos y hacemos lo que él nos recomienda. Una vez más, la revelación de Jesús como Hijo elegido de Dios nos dice algo sobre la Cuaresma y los cambios que tenemos que hacer en nuestra vida según las palabras de Jesús.

La escena de la transfiguración nos enseña que conversar con Dios en oración puede cambiarnos; puede ampliar nuestra visión y comprensión de las cosas que suceden en nuestra vida y en el mundo. La gracia de Dios que recibimos en oración puede mejorar nuestra experiencia de lo trascendente al comprender que hay más en la vida que simplemente lo que podemos tocar y observar con nuestros sentidos.

La transfiguración de Jesús nos da coraje y esperanza en nuestros momentos oscuros de la vida. Sabemos por experiencia que la vida no siempre es fácil. Hay momentos de penurias, sufrimientos y lágrimas. En estos momentos, tenemos que levantar la mirada hacia arriba, sabiendo que el sentido de la vida no se consume todo en lo que atravesamos. Siempre hay una esperanza porque Cristo puede transformar nuestro sufrimiento en alegría.

Es este gozo que se prevé en la transfiguración. Ofrezcamos, pues, nuestros sacrificios cuaresmales al Señor para que a través de sus observancias y de la aceptación de nuestras cruces diarias, nos acerquemos más a él. Compartimos la experiencia en la cima del monte de Pedro, Juan y Santiago cuando dedicamos más tiempo a la oración. El ayuno puede ayudar a nuestro cuerpo a almacenar energía espiritual a medida que nos eleva a Dios. Nuestra limosna nos acerca a nuestros semejantes que no tienen nada, al reconocer en ellos a Cristo sufriente. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Génesis 15: 5-12, 17-18; Filipenses 3: 20-4: 1; Lucas 9: 28b-36



Fecha de la Homilía: el 13 de Marzo, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20220313 homilia.pdf